DOS INICIALES,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

(IMITACION,)

POR DON JOSÉ MARIA NOGUÉS.

Representado en el teatro del Circo de Madrid, la noche del 3 de Marzo de 1864.

La Cuvata
Compra y Venta de
Libros
Pza. del Mercado N. 7

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA.	Doña B. Valverde.
BALBINA.	Doña C. Alba.
DON PERFECTO.	D. J. Miguel.
DON MANUEL.	D. R. Mariscal.
ANTONIO, criado de D. Perfecto.	D. E. Martinez.
UN ESCRIBANO.	D. J. Bullon.

Aldeanos, gentes del pueblo, etc.

La escena pasa en un pueblo situado entre Madrid y Alicante, y próximo á una de las estaciones del ferrocarril.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

R 24205

C9157

AL DISTINGUIDO ESCRITOR POLÍTICO

SEÑOR D. PEDRO MENDO Y FIGUEROA,

TESTIMONIO DE APRECIO

DE SU MEJOR AMIGO,

José María Roguéz.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puerta al foro y laterales. Á la derecha, actor, de la puerta del foro, una cómoda; á la izquierda, una mesa de escritorio con recado de escribir, libros, papeles, etc.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, que se ocupa en limpiar un par de zapatos.

Por mas que en ello cavilo,
no sé qué tendrá mi amo:
habla solo, se pasea,
se dá en la frente porrazos,
y en algunas ocasiones
suele dar brincos y saltos.
Si tendrá el diablo en el cuerpo,
y la salida no hallando,
ya le acomete á una pierna,
ó ya le acomete á un brazo,
como diciendo: yo mismo
para salir me haré paso?
¿Si tendrá remordimientos?
Me presumo que he acertado:
suele hablar consigo mismo;
y está cada vez mas flaco...
¡No hay duda de que los tiene;

¡los síntomas son exactos!
Debe de estar su conciencia
lo mismo que estos zapatos,
que por mas que unte y refriegue,
nunca lograré limpiarlos.

ESCENA II.

EL MISMO y D. MANUEL, por el foro.

MANUEL. Hola, Antonio, ¿y don Perfecto?
ANTONIO. No ha salido de su cuarto.
MANUEL. ¿Eh? ¿Tan tarde se levanta?
ANTONIO. No, se levanta temprano;
pero... le gusta estar solo,
y permanece encerrado
largas horas.
MANUEL. ¿Y qué hace?
ANTONIO. Yo no sé...
MANUEL. ¡Vamos, ya caigo!
estará en el tocador
las injurias reparando
del tiempo: los solterones,
cuando están enamorados,
lo mismo que las coquetas,
siempre se están retocando.
Á propósito: ¿y tu novia?
ANTONIO. ¡Tan buena!
MANUEL. ¿No se ha casado?
ANTONIO. No, señor, que, como siempre,
se muere por mis pedazos,
y aunque otro le diga *envido*...
perderá su tiempo en vano.
MANUEL. ¿Y tú, ¿por qué no te casas?
ANTONIO. Porque estoy algo atrasado,
y no quiero matrimonio
sin todo lo necesario.
Diga usted, puesto que ahora
de estos asuntos tratamos,
la Condesa, ¿cuándo saca
del purgatorio á mi amo?
MANUEL. ¿Del purgatorio?

ANTONIO. ¡Cabal!
MANUEL. Si no te explicas...
ANTONIO. Mas claro,
que cuándo se casa...
MANUEL. Entiendo.
Nadie lo está deseando
mas que yo, pues en seguida
que el cura les haya echado
la bendicion, viento en popa,
hasta la córte no paro.
ANTONIO. ¡Hasta la córte!...
MANUEL. ¡Así es!
¡Estoy por verla rabiando!
¡Despues de Madrid al cielo!...
ANTONIO. (¡Ó al infierno!)
MANUEL. El mes pasado
me dijo mi tia: al punto
que don Perfecto su mano
me entregue, te doy permiso,
y el dinero necesario,
para que á Madrid visites,
pues son tus sueños dorados.
¡Y tanto! ¡Como que tengo
allí á mi novia hace un año!
ANTONIO. ¿Su novia de usted?
MANUEL. La hija
del último secretario,
que fué del ayuntamiento,
y al cual cesante dejaron.
Con que ya ves si tendré
ganas de verlos casados.
Voy á intrigar porque al punto
lo hagan.
ANTONIO. ¡Muy bien pensado!
MANUEL. Á mi tia le conviene,
pues siendo rico tu amo...
ANTONIO ¡Rico, y alcalde de un pueblo,
que tiene tres campanarios!...
MANUEL. Mi tia en nada le cede:
viuda del Conde del Charco,
coronel de un regimiento
subordinado á don Cárlos,

y despues, miembro importante
del partido democrático,
lleva el título de aquel,
y sus pergaminos rancios.
Está frescota, a pesar
de sus cuarenta, y tu amo
está robusto...

ANTONIO. ¡Lo estaba!
¡El pobre se vá quedando
cada vez mas consumido!

MANUEL. ¿Qué le pasa?

ANTONIO. Ese es el caso,
que no sé lo que le pasa,
y sé que le pasa algo.
Segun dicen por el pueblo,
hace ya cinco ó seis años,
que vino aqui á establecerse.

MANUEL. ¡Es verdad!

ANTONIO. Como es honrado,
y ademas tiene pecunia,
lo hicieron alcalde há un año.
Las gentes que en pueblos viven,
por pasar el tiempo en algo,
no hay sujeto, á quien no pasen
revista de comisario.
Al hablar de don Perfecto,
los pareceres son varios,
y la verdad es, que nadie
sabe si es moro ó cristiano,
ni cómo adquirió el dinero,
que aqui en tierras ha empleado.
Como tiene *teta* es rico;
y es bueno, porque no es malo;
pero á pesar de estas claúsulas,
vengo hace tiempo notando,
que está inquieto; que rehusa
ver ó hablar á los extraños,
y que nombrar á Madrid
en su casa, está vedado.
Usted, ¿qué opina de esto?...

MANUEL. Que nada encuentro de extraño:
será un capricho, que yo

respeto...

ANTONIO. De eso no hablo.

MANUEL. Y que tampoco se opone,
á que lo siga apreciando.

ANTONIO. Hace usted bien.

MANUEL. Cuando salga
le dices, que á verlo he estado:
y puesto que pasa el tiempo,
y yo debo aprovecharlo,
me voy á hablar con mi tia,
á ver si adelanto algo. (Vase por el foro.)

ESCENA III.

ANTONIO.

Me he quedado como estaba:
de lo que saber queria,
sé lo mismo que sabia,
é ignoro lo que ignoraba.
¿Y yo sirviente me llamo?...
No sirve para servir,
quien no sabe descubrir
los secretos de su amo.
(Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

D. PERFECTO.

(Dentro.) Bien, señores, basta, ¡basta!...
Ya me he enterado: hasta luego.
(Apareciendo en la puerta de la izquierda acompañado de algunas personas, que desaparecen por el foro.)
Yo no sé cómo hay quien quiera
ser alcalde en estos tiempos,
teniendo por electores
á una recua de jumentos,
que ni á uno lo comprenden,
ni uno logra comprenderlos.
Ayer: «que se corra un toro,
porque es dia, y era cierto,

de nuestro patron san Marcos.»
Estas súplicas partieron
de varios contribuyentes,
cuya aficion al toreo
raya en locura, á pesar,
lo digo con sentimiento,
de que se encuentran casados...
muchos, con hijos y nietos,
¡razon por la que debieran
tener horror á los cuernos!...
pero de todo se olvidan,
por los saltos y los quiebros.
Hoy, que se dé serenata,
porque es nuevo el ministerio,
y que se toque muy fuerte,
á ver si llegan los ecos
á Madrid, y los Ministros
á tan deferente obsequio
agradecidos, ¡nos mandan
la cruz de Cárlos tercero!...
Y en estas cosas se ocupan,
y en ellas gastan dinero,
y no hay nadie que recuerde,
que estan las calles del pueblo
perdidas, ¡intransitables!...
Nada, nada, ¡no hay remedio!
es preciso adoquinarlas,
asfaltarlas, pues deseo
que esten niveladas, lisas,
que no tengan ni un tropiezo,
para que todo el que quiera
pueda bailar...

(Dá algunos brincos y saltos, se para de pronto, y se vuelve á ver si alguno le ha visto. Mientras dice Antonio, que ha aparecido en la puerta de la derecha.)

ANTONIO. (¡Eh! ¡Mal viento corre!)

PERF. (¡Antonio! ¿Me habrá visto?)

ESCENA V.

EL MISMO y ANTONIO.

ANTONIO. (Con los zapatos en la mano.)
Ya estan limpios los zapatos:
¿se los quiere usted poner?
PERF. No, llévalos á mi cuarto...
¡Ah! dime: ¿ha venido alguno
á buscarme?...
ANTONIO. Solo ha estado
don Manuel Luna.
PERF. ¿El sobrino
de la Condesa del Charco?
ANTONIO. ¡Cabal!
PERF. ¿Y qué ha dicho?
ANTONIO. Ha dicho ..
nada, que está deseando,
que se case usté, y que deje
de oponer tantos obstáculos
á su boda.
PERF. ¡Cómo! ¿Yo?...
ANTONIO. Sin duda.
PERF. Está delirando
quien tal dice.
ANTONIO. Pues no es solo
él quien lo dice, que hay varios:
como lo ven á usté asi...
taciturno y cabizbajo...
en vez de bailar de gozo,
como es justo en tales casos,
suponen...
PERF. ¿Bailar has dicho?
ANTONIO. Si...
PERF. ¿Y tú sabes, insensato,
lo que has dicho? ¡Bailar yo!...
¡Yo no he bailado ni bailo!
ANTONIO. ¿Por una cosa tan nimia
vá usté á incomodarse tanto?
PERF. ¡Nimia!... ¡decir que yo debo
bailar!... ¡Un alcalde!... ¡Vamos,

no sé cómo con paciencia
ciertas cosas las aguanto!
Corre á llevar al momento
á mi alcoba los zapatos;
y si vuelves á decirme,
que debo bailar, te mando
á la cárcel, pues no empuño
la vara de alcalde en vano.

ANTONIO. Señor...

PERF. ¡Que te calles digo,
ó vas á la cárcel!

ANTONIO. Callo. (Váse.)

ESCENA VI.

D. PERFECTO.

¡En qué triste situacion
mi pasado me coloca!
¡Quién le vá á tapar la boca,
si se entera á ese bribon!
Yo á mi angustia pondré fin...
pero en esto pienso en balde;
¡cómo digo, siendo alcalde,
(Despues de ver si alguno lo escucha.)
que há tiempo fuí bailarin!
Las gentes ¿qué no dirán?
En mi silencio me encierro,
no digan, que como un perro
bailé por dinero y pan.
Mas si lo saben ¿qué importa?
Para un secreto no hay llave;
todo en el mundo se sabe
á la larga, ó á la corta.
Asi, pues, hago promesa,
y cumplo lo que prometo,
de que sabrán mi secreto,
la primera la Condesa.
Si su orgullo grande es,
fundado en su ejecutoria,
yo tengo, á mi vez, la gloria,
que he ganado con los pies.

La escena de Novedades
fué mi campo de conquista:
¡qué vida la del artista,
que está en plenas facultades!
Cuando pisaba la escena,
¡con qué orgullo la pisaba!
el público se cuidaba
de tenerla siempre llena
de mirto, laurel y sándalo;
y á mi sola exhibicion,
no era una simple ovacion;
¡era mas! ¡Era un escándalo!
¡No hay quien tenga mi medida!
Los genios de mas altura
han merecido censura
en los pasos de su vida:
pues bien: ¡yo los he eclipsado!
¡á todos los he vencido,
porque á mí se me ha aplaudido
en cuantos pasos he dado!
¿Pero á parar dónde voy?
de mi ayer yo me despido,
que al recordar lo que he sido,
me olvido de lo que soy.
Nubla el sol de mi contento
mi civil autoridad...
si aun tuviera agilidad...
(Hace algunas piruetas)
Vamos al ayuntamiento.
(Se dirige á la puerta del foro.)

ESCENA VII.

EL MISMO y BALBINA.

BALBINA. (En la puerta del foro.)
¿Permite usted?
PERF. Adelante.
BALBINA. (Bajando.) Caballero...
PERF. (¡No me engaña
mi vista!)
BALBINA. ¡Qué veo! ¡Es él!

¡Mi padrino!

PERF. (¡Pues ya escampa!)

BALBINA. ¡Deme usté un abrazo!

PERF. ¡Chiss!

BALBINA. Si soy Balbina, su ahijada,
á la que usted con frecuencia
lecciones de baile daba!

PERF. Yo no la conozco á usted,
ni sé si baila ó no baila!

BALBINA. ¿Cómo que no? ¡Si usted mismo
me ha enseñado!

PERF. ¡Desdichada!
¡Me vas á comprometer!
(Antes resuelto me hallaba
á revelar mi secreto,
y el valor ahora me falta.)
¿Qué te ha traido á esta villa?
¿Quién te ha guiado á esta casa?

BALBINA. ¿Cayó usted ya?

PERF. (¡De cabeza,
y ni la bula me salva.)

BALBINA. Pues he venido á este pueblo
á un negocio de importancia.
Hablando con un artista
de los que conmigo bailan,
le pregunté, ¿y Piruetas,
sabe usted dónde se halla?

PERF. ¡Piruetas! ¡Yo me llamo
don Perfecto Calatrava!...
¡Soy propietario, y alcalde
de esta villa!

BALBINA. ¡Cómo cambian
los tiempos!

PERF. Si me diriges
alguna vez la palabra,
ya sabes cómo me llamo.

BALBINA. Entonces ¿por qué dejaba
usted, que en cuantos carteles
en las calles se fijaban
le nombrasen Piruetas,
en lugar de Calabaza?

PERF. ¡Calatrava! Vamos, hija,

es preciso que te vayas.

CONDESA. (Dentro.)
¿En dónde está don Perfecto?

PERF. ¡La Condesa! (¡Santa Bárbara,
pues no es floja la tormenta,
que contra mí se prepara!)

BALBINA. ¿Una Condesa?

PERF. Balbina,
sígueme sin mas tardanza.

BALBINA. Tengo que hablar con usted.

PERF. ¡Despues lo harás, desdichada!
¡Vamos pronto!

BALBINA. (Siguiéndolo.) ¡Á mi maestro
yo no sé lo que le pasa!
(Vánse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

La CONDESA y D. MANUEL por el foro.

MANUEL. Le he dicho á Antonio, que vaya
á decirle que aquí estamos.

CONDESA. Aguardaré un breve instante.

MANUEL. Continuaremos hablando,
si usted quiere, cara tia,
de su casamiento.

CONDESA. ¿Acaso,
acerca de esta materia,
bastante no hemos hablado?

MANUEL. ¿Pero usted desiste?

CONDESA. (Vivamente.) ¡No!

MANUEL. ¿Piensa usté en casarse?

CONDESA. ¡Es claro!
Pensé, pienso, y pensaré.
La viudez es un estado
calamitoso, pasivo,
antisocial, tristre y árido.
La mujer, como asegura
un poeta renombrado,
es animal de costumbre:
yo he vivido muchos años
casada, y me acostumbré

á vivir en este estado.
Muerto el Conde, llegué á verme,
á mi pesar, como un pájaro
sin aire, y un pez sin agua;
sin elemento, y por tanto,
cuando vi que Calatrava,
sus ojos en mí clavados,
dijo un dia, si usted quiere,
de usted, Condesa, es mi mano,
con mi faz, que si le dije,
aunque callaron mis labios.
Pero despues he advertido,
que está irresoluto... y ¡vamos!...
no es cosa que yo le diga,
por casarme estoy rabiando.

MANUEL. Como usted tiene envidiosas,
y aqui, por pasar el rato,
se inventan cuentos y fábulas,
puede ser que hayan llegado
á oidos de don Perfecto,
su cariño resfriando,
los rumores calumniosos,
que contra usted se han forjado.

CONDESA. Sobrino, de las habillas
del vulgo, ¿quién hace caso?
cierto, que he sido sensible;
que en mis juveniles años
mostré mi predileccion
por los amores románticos;
pero si mi amante historia
con detencion registramos,
no hallaremos una página,
que tenga un renglon borrado.
(¡Qué pueblos! ¡cómo se charla!
¡tengo un afan por dejarlos!)
Si de planes amorosos
Calatrava ha variado,
muy en breve lo sabremos.

MANUEL. (Como yo pueda, los caso.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, Y D. PERFECTO.

PERF. ¿Tanto bueno por mi casa?
(Le estrecha la mano á D. Manuel.)
CONDESA. (¡Es cosa particular!
siempre que veo á don Perfecto
me recuerda á un jóven... ¡ay!)
PERF. ¿Y estan ustedes de pie?
Sírvanse ustedes tomar
asiento.
CONDESA. Gracias: nos vamos.
Como usted se encuentra tan
ocupado, que no tiene
tiempo suyo...
PERF. Y es verdad.
CONDESA. Y sé que vender desea
su hacienda del Ganapan,
y yo he pensado en comprarla:
si usted se digna aceptar
un puesto en mi mesa hoy,
con entera libertad
hablaremos de este asunto.
PERF. Gracias, Condesa.
CONDESA. Ademas,
quiero hablarle de un negocio,
que nos compete.
PERF. ¿De cuál?
CONDESA. Empiezo por suplicarle,
que no vaya á interpretar...
Recuerda usted cuando estuvo
en mi tertulia...
PERF. Si tal.
CONDESA. ¿Recuerda usted lo que hablamos?
PERF. ¡Pues no lo he de recordar?
de nuestro enlace.
CONDESA. ¿Y recuerda,
quién estaba allí?...
PERF. Don Juan
Palomo.

CONDE Justo: el notario
del pueblo, que es tan formal,
que ha tomado por lo sério
todo cuanto, por pasar
el rato, dijimos... ¡pues!... (Bajando la vista)
lo del contrato mupcial;
lo del dia de la boda,
y en casa acaba de estar
con la escritura extendida,
donde solo faltan ya
las firmas...

PERF. ¿De veras?

CONDESA. ¡Si!...

MANUEL. ¡Oh! ¡No hay duda, que es don Juan,
un gran notario!

CONDESA. Sobrino,
no te permito elogiar
su conducta.

PERF. ¿Y por qué no?

CONDESA. ¿Usted la elogia?

PERF. Si tal.

CONDESA. (Mi posicion es tan crítica,
que el rubor tiñe mi faz!)

MANUEL. Si ustedes me lo permiten,
corro en un vuelo á avisar.

CONDESA ¿Á quién?...

MANUEL. ¿Al notario?

CONDESA. ¡No!

PERF. Convendria... que...

CONDESA. ¡Bah! ¡Bah!

MANUEL. Estas cosas en caliente:
despues las dos me darán
las gracias.

CONDESA. Pero, sobrino...

MANUEL. Es un crímen demorar,
cuando dos se quieren bien,
su ansiada felicidad.

ESCENA X.

LA CONDESA, D. PERFECTO.

CONDESA. (Su impaciencia es de familia,
y tengo que disculparlo.
Calatrava en vista de esto,
no sé qué dirá: veamos.)
PERF. (¡Si ello ha de ser, pecho al agua:
el albur está jugado.)
CONDESA. (Acercándose á D. Perfecto.)
Hace tiempo, don Perfecto,
que está usted muy cabizbajo:
¿en qué piensa?
PERF. Yo, señora,
como siempre, estoy pensando
en la dicha que me espera,
siendo dueño de su mano.
(Entusiasmándose uno y otro por grados.)
CONDESA. ¡Mi ventura será inmensa!
PERF. ¡Mi placer ilimitado!
CONDESA. Mi vehemente corazon
latirá con entusiasmo!
PERF. ¡Los amores y los céfiros,
velarán en nuestro tálamo.
(Se cogen de las manos, D. Perfecto, procurando atraerse hácia sí á la Condesa, que tendrá á la derecha, levantará la pierna izquierda. La Condesa la derecha.)
CONDESA. ¡Cantarán los trovadores!
PERF. Y de amor será su canto
CONDESA ¡Y nosotros bailaremos!
PERF. (En el colmo del entusiasmo.)
Y el compás siempre marcando,
cambiaremos las figuras:
tú un volteo, y yo un trenzado!
(En este momento D. Perfecto coge por la cintura á la Condesa: la hace pasar al sitio que él ocupaba, y él inmediatamente pasa á ocupar el de la Condesa, y hace un trenzado, quedando en una actitud conveniente, como un bailarin al terminar un baile.)
CONDESA. (Cuando la hace pasar D. Perfecto al sitio que él

ocupaba.)
¡Calatrava! ¡Calatrava!
(Vacilando y viniendo á apoyarse en D. Perfecto.)
¡Ay! ¿qué es esto?

PERF. (Al fin y al cabo,
concluyeron por venderme
estos malditos resabios!)

CONDESA. ¡Qué agresion! sin prevenirme!...
vaya un susto que he llevado!

PERF. ¡Dispense usté, ha sido hijo
de mi amoroso entusiasmo!

CONDESA. ¡Y qué forzudo es usted!

PERF. Los equilibrios... los saltos...
(Corrigiéndose.)
Como he aprendido gimnasia
estoy bien desarrollado.
(Esta vez no hay mas remedio,
de decírselo no escapo.
Bella Condesa, tenemos
que hablar. . (Con cierto embarazo.)

CONDESA. Está bien: ¿y cuándo?

PERF. Ahora... si gusta...

CONDESA. ¡Pues no!

PERF. Sentémonos.
(D. Perfecto le ofrece una silla: se sientan, y despues de una ligera pausa, durante la cual, aquel manifiesta lo que le embaraza la posicion en que está, empieza á decir.)
Cinco años
hace, que tengo un secreto
en mi corazon guardado,
que he querido revelarle;
pero rebelde mi labio,
al asomar la palabra,
la mataba á puñetazos.

CONDESA. ¿Y bien?

PERF. Mi secreto está
con nuestro enlace ligado...
es decir, puede ser óbice...

CONDESA. ¡Me alarma usted!

PERF. No es extraño,
porque yo, bella Condesa,

á veces, tambien me alarmo.

CONDESA. ¡Jesus! ¡me he puesto nerviosa!
Toque usted.
(Presentándole una mano, que agitará convulsivamente.)

PERF. No es necesario,
se advierte.

CONDESA. ¿Y qué ha sido? ¿Un crimen?
¿Quizás un lance dramático?

PERF. ¡Señora, cerca le anda!
Á solas usted hablando
consigo misma, dirá:
don Perfecto es propietario;
alcalde... vive feliz...
al parecer... ¿no es exacto?
Pues yo le aseguro á usted,
que me pasa lo contrario!
¡Que mi vida es un martirio!
¡Que vivo siempre acosado!

CONDESA. ¿Y por quién?

PERF. Por un fantasma,
que sigue todos mis pasos.

CONDESA. Pero explíquese usted mas.

PERF. Lo haré así.

CONDESA. (¡Qué sobresalto!)
¡Jesus, qué nerviosa estoy!
Toque usted.
(Vuelve á presentarle la mano. D. Perfecto se la toma.)
¿No es cierto?

PERF. Exacto.
Siendo niño, me encontré
á merced de un tio avaro,
que queria que siguiese
la carrera de eclesiástico.

CONDESA. (¡Qué lástima!)

PERF. Yo, que nunca
tuve aficion á los hábitos,
empecé á hacer *rabonas*,
y estuve cerca de un año,
sin ver ni agarrar un libro;
y mi pariente, cansado

de mí, en medio de la calle
me plantó sin mas preámbulos.

CONDESA. (¡Pobrecito!)

PERF. Sin recursos,
y á mi suerte abandonado,
dí en pensar en una idea,
y empeños despues buscando...
¿dónde dirá usted que entré?

CONDESA. En un colegio.

PERF. ¡No! (Vamos,
si no sé cómo decirle,
que entré... que entré en un teatro.)
Pues bien: entré y me ajusté...

CONDESA. ¿Pero en dónde?

PERF. (He confiado
en mis fuerzas, y mis fuerzas
me abandonan!)

CONDESA. ¡Cielo santo!
sus reticencias me explican,
que á usted le ha pasado algo...
que existe un secreto...

PERF. ¡Horrible!

CONDESA. ¡Horrible! Sea usted franco:
¿ha sido algun extravío...
algunos pasos mal dados?

PERF. ¡Demasiado bien!

CONDESA. Entonces...

PERF. Á veces, nace lo malo
de lo bueno, y como prueba,
aquí tenemos un caso.

CONDESA. Pero explíquese usted mas.

PERF. No puedo.

CONDESA. Yo se lo mando.

PERF. ¡Jamás! ¿Cómo digo yo?...
que... que... (Titubeando.)

CONDESA. ¡Y bien! ¿Qué?
(Impaciente y levantándose.)

PERF. ¡Que me callo!

CONDESA. ¡Jesus! ¡Estoy mas nerviosa!...
toque usted.

PERF. ¡No, que me marcho!
(Vése por la puerta izquierda.)

ESCENA XI.

La CONDESA.

¡Y se escapa! ¡Calatrava!
¡Ni un galgo alcance le dá!
¡Ay! la vista se me vá,
y mi malestar se agrava!
¡Antes mi mano temblaba,
y ahora tiembla el corazon!
¿Me dará la convulsion?...
mas no hay nadie que me vea:
esperemos á que sea
oportuna la ocasion.

ESCENA XII.

La CONDESA y ANTONIO.

ANTONIO. (Deteniéndose al ver á la Condesa.)
¡La señora Condesa!
CONDESA. Tengo que hablarte.
ANTONIO. ¿Qué me manda, qué quiere?
CONDESA. Recompensarte.
ANTONIO. ¡Tanto favor!
CONDESA. Si me dices qué tiene...
ANTONIO. ¿Quién?
CONDESA. Tu señor.
ANTONIO. ¿Usted tambien?
CONDESA. ¿Qué dices?
¿Luego tú sabes?...
ANTONIO. Que al amo pasan cosas...
CONDESA. ¿Cosas?
ANTONIO. ¡Muy graves!
¡Dá unos lamentos!
Me figuro que tiene
remordimientos.
CONDESA. ¿Por qué razon?
ANTONIO. Señora...
CONDESA. ¡Habla!
ANTONIO. No sé:

lo que sé es que está flaco...
CONDESA. ¿Flaco? ¿Y por qué?
ANTONIO. Salir lo he visto,
y al jardin dirigirse
con paso listo.
Lo que allí le llevaba
quise saber,
y ví que con él iba
una mujer!
CONDESA. ¡Habrá bribon!
ANTONIO. Y que pararon cerca
del pabellon.
El sitio es reservado,
y es muy bonito...
CONDESA. Concluye, y di qué ha hecho
tu señorito.
ANTONIO. Nada... que entró...
CONDESA. ¿Con ella?
ANTONIO. No, ella sola...
¡y la encerró!
CONDESA. Por eso estaba inquieto
el muy taimado.
¿Con que tiene en la jaula
gato encerrado?
ANTONIO. No, gata, y guapa,
que teniendo él la llave
no se le escapa.
CONDESA. ¡Ay, ay, ay! ¡Qué coqueto!
¡Ya estoy nerviosa!
¡Antonio, que me pongo
vertiginosa!
¡Me vá á dar algo,
si de esta casa pronto,
pronto no salgo!
(Vase por el foro.)

ESCENA XIII.

ANTONIO.

¡Jesus! ¡Qué efecto le ha hecho!
¡Como alma que lleva el diablo

vá por esos corredores!
Yo he cumplido con su encargo:
como me mandó que hablara,
y de servicial me jacto,
hablé; pero noto ahora,
que no me ha dado el regalo
que me prometió. ¿Quién viene?
¡Es la jóven y mi amo!
¡Sí! Pues detrás de esa puerta
me escondo, y sigo observando.
(Se esconde detrás de la puerta de la derecha.)

ESCENA XIV.

D. PERFECTO, BALBINA, y ANTONIO escondido.

PERF. (Saliendo por la puerta izquierda.)
¡Se fué! ¡La he visto salir!
¡Ay, qué peso tan atroz
se me ha quitado de encima!
Vamos, sal. (Aparece Balbina.)
BALBINA. Pero, señor,
¿qué tiene usted?
PERF. ¡Habla pronto,
que el tiempo pasa veloz!
BALBINA. ¡Antes era usted tan bueno!
PERF. Antes sí, pero ahora no.
¡Ahora no conozco á nadie!
De mi antigua profesion,
he olvidado á todos cuantos
bailaban conmigo.
BALBINA. ¡Oh!
¡qué ingratitud! ¿Ni aun siquiera
en un oculto rincon,
guarda un recuerdo á la Pietri;
á aquella que alborotó
haciendo siempre de Vénus?
PERF. ¡De esa sí! ¡Válgame Dios,
qué pierna y qué pié tan firmes!
¿Y en dónde está?
BALBINA. Se embarcó
para Buenos Aires.

PERF. ¿Sí?
(Falta le hacia. El calor,
y los que en la córte reinan
¡son tan malos!) Pero yo
de lo principal me olvido
con esta conversacion.
Dime: ¿á qué has venido aqui?
BALBINA. Á pedirle á usté un favor.
ANTONIO. (Asomando la cabeza y volviéndola á esconder.)
¡Hola! ¡Favores tenemos!...
PERF. Sepamos.
BALBINA. El dia dos
del mes que viene, se hará
mi beneficio, el cual yo
quiero que al público llame
muchísimo la atencion.
El baile está en decadencia
por desgracia, y si no doy
novedad, para los gastos
no saco de la funcion.
Pensando en esto, me acuerdo
de usted.
PERF. ¿De mí? (Con extrañeza.)
BALBINA. Si señor,
y me dije: mi padrino
tenia reputacion:
si lo anuncio en los carteles,
por ver si ganó ó perdió,
el público vendrá á verlo.
¿Qué hago? Corro á la estacion,
compro un billete; me embarco,
dejo á Madrid, y aqui estoy.
PERF. ¡Pero, chica, tú estás loca!
BALBINA. No estoy loca, no señor.
PERF. Tú has contado sin la huéspeda.
¡Tomar parte en la funcion
nada menos que un alcalde!
BALBINA. ¡Y eso qué importa! ¡Mejor!
Pondremos en los carteles,
el señor alcalde don...
fulano... ejecutará
con la Petra un paso á dos,

y, de seguro, consigo
tener un lleno á pison.

PERF. ¡Vete y no me precipites,
que estoy rojo de furor!

BALBINA. ¿Con que se ha olvidado usted
de aquel fanatismo atroz
que cada noche causaba
con su sola exhibicion?
Aplausos, versos, laureles,
palomas, cuanto soñó
el artista mas mimado
de legítimo valor,
sin excluir las conquistas,
todo usted lo consiguió.

PERF. ¡Calla! ¡calla! ¡tentadora!

BALBINA. ¡Qué entusiasmo! ¡qué emocion!
Se acuerda usted de aquel lance,
que usted mismo me contó...

PERF. ¡Sí! ¡sí! cuando me robaron
al salir de la funcion.

BALBINA. Los tres lacayos, el coche,
el pañuelo que sirvió
para taparle los ojos...

PERF. La oscuridad... el salon...
la dama que en él estaba,
que era hermosa como un sol...
es decir, yo no la ví,
á mí me se figuró.

BALBINA. Y segun usted me dijo,
fué vana su pretension,
porque ella se descubriera.

PERF. Con efecto: se obstinó
en huir de aquel recinto
apenas oyó mi voz.
Seguí sus pasos, en balde,
sintiendo en mi corazon
unos redobles mas fuertes,
que los que lleva un tambor.
Salí de allí, y al hacerlo,
noto, que pongo el tacon
sobre un objeto y lo cojo,
viendo á la luz de un farol,

que era un bello guardapelo
con una A y una O.
Voy á enseñártelo.
(Vá á la cómoda y lo saca de una cajita.)
Mira,
¿qué te parece? (Poniéndoselo.)

BALBINA. Señor,
que debe de ser, lo menos,
sin que haya exageracion,
de una princesa extranjera.

ANTONIO. (Asomando la cabeza y volviéndola á esconder.)
¡Una princesa!

BALBINA. (Creyendo que esta exclamacion ha sido hecha por D. Perfecto.)
¡Pues no!

PERF. (Que ha oido la voz.)
¿Qué es eso?

BALBINA. ¿El qué?

PERF. Nada, nada.
(Me pareció que una voz...)

BALBINA. ¿Conque, padrino, nos vamos?

PERF. ¡No te he dicho ya que no!

BALBINA. ¿Qué hago entonces?

PERF. ¿Que qué haces?
si has de aceptar mi opinion,
volverte como has venido.

BALBINA. ¿Sin usted? ¡Esto es atroz!

PERF. ¿Y qué quieres?

BALBINA. Á lo menos,
que me dé usté una leccion
de aquel paso tan bonito
que usted compuso.

PERF. ¡No! ¡No!

BALBINA. Para anunciar algo nuevo.

PERF. (¡Me vá á dar un sofocon!)

BALBINA. Si al momento se concluye!
dura muy poco.

PERF. ¡Que no!

BALBINA. Usted verá.

PERF. No me tientes.

BALBINA. (Colocándose en medio del escenario y tomando una postura á propósito para dar comienzo á un baile.)

Ya me encuentro en posicion.
(Tarareando y marcando algunos pasos á compás.)
Tra, la, ra, ra, la, ra, ra,
la, ra, ra, la, ra, ra, ra.
(D. Perfecto, que al empezar el baile Balbina le ha vuelto la espalda, poco á poco se vá volviendo hasta que queda contemplándola. Balbina parándose de repente.)
Ahora viene mi amante,
y en mí se fija;
vé una rosa que tengo
y me la quita.
Dá un paso atrás, (Lo hace.)
y á mi vez, tambien huyo...
(Dando una carrerita con la punta de los pies.)

PERF. (Sin poderse contener.)
¡Muy mal! ¡Muy mal!
¿Quién te ha dicho, muchacha,
que una bolera,
con el pié izquierdo debe
tomar carrera?
¡Tú te equivocas!
Eso se queda bueno
para la tropa.

BALBINA. Como hace tanto tiempo
que no lo bailo,
sin yo querer, padrino,
se me ha olvidado.

PERF. Presta atencion;
pues para que lo aprendas,
á hacerlo voy.
(D. Perfecto tararea y baila á la vez.)

BALBINA. (Cuando concluye de bailar D. Perfecto.)
¡Bravo ¡Padrino!
¡No cabe mas!
¡Qué pié! ¡Qué piernas!
¡Qué agilidad!

PERF. (Noto con gusto,
que hasta la edad
ha respetado
mi agilidad!
Que no olvides que el pié izquierdo

ha de quedar levantado.
(Levanta el pié izquierdo, y toma una postura como si acabara de terminar un baile.)

CONDESA. (Dentro.) ¡Don Perfecto!
(D. Perfecto pierde el equilibrio y tiene que apoyarse en Balbina: al mismo tiempo dice:)

PERF. ¡La Condesa!
¡Con mi maldito entusiasmo
me olvido de todo! Ven,
ven. (Se la lleva á la puerta de la izquierda.)
Á la izquierda en bajando
encontrarás una puerta,
que tiene salida al campo:
vete por ella, y no pares
hasta Madrid.

BALBINA. Pero...

PERF. ¡Vamos!

BALBINA. (¿Qué pasa aquí?)

CONDESA. (Dentro.) ¡Don Perfecto!

PERF. Voy, señora. (Yendo á la puerta del foro.)
(Corriendo á la de la izquierda.) ¡Aviva el paso!
(Empieza á arreglarse el chaleco y la corbata.)

ESCENA XV.

EL MISMO y la CONDESA.

CONDESA. ¡Caballero, aquí estoy yo!
¡quiero saber por qué causa...
¡Pero no me escucha usted!
(Siguiendo siempre á D. Perfecto.)

PERF. Si, señora...

CONDESA. ¡Estoy por varias
razones muy ofendida!

PERF. (Sin hacerle caso.)
¡Válgame santa Susana,
que no le he dado la llave
de la puerta á esa muchacha!

CONDESA. (Viendo que D. Perfecto corre de la cómoda á la mesa de escritorio, y de esta á aquella sin hacerla caso.)
Don Perfecto, ¿está usted loco?...

PERF. Señora... (¡poco me falta!)

es que he estado aquí ajustando
unas cuentas de importancia
con mi arrendador, el cual,
se ha dejado aquí olvidada
otra cuenta... (¡Y no la encuentro!)
que nos hace mucha falta.
(¡Aquí está!) (En la mesa de escritorio.)
Vuelvo en seguida,
pues corro en un salto á dársela.
(Dá un saltito, y sale por la puerta izquierda, la cual cierra por dentro con cerrojo.)

ESCENA XVI.

La CONDESA, y en seguida ANTONIO, por la puerta de la derecha.

CONDESA. ¡Y se vá! ¡Ya es demasiado!...
¡Oh! ¡Si yo pudiera ver!
(Se asoma por la cerradura de la puerta izquierda.)
¡El corredor está oscuro!
ANTONIO. ¡Señora Condesa!
CONDESA. ¿Eh?
¡Antonio! (Yendo á él.) ¿Y la del jardín?
¿has sabido ya quién es?
ANTONIO. ¡Sí! ¡Lo he descubierto todo!
CONDESA. (Dándole un bolsillo con dinero.)
Recibe esto á cuenta de
mi promesa: ya escucho.
ANTONIO. ¡Pues ha estado aquí con él!
CONDESA. ¿Y es bonita?
ANTONIO. ¡Muy bonita!
CONDESA. ¿Jóven?
ANTONIO. Jóven.
CONDESA. ¿Y quién es?
ANTONIO. ¡Una princesa extranjera!
CONDESA. ¿Africana?
ANTONIO. Eso no sé.
¡Se han dicho unas cosas!
CONDESA. ¡Monstruos!
¡Mi sangre se vuelve hiel.
ANTONIO. Despues hablaron de Vénus...

CONDESA. ¡Ya estoy nerviosa!
ANTONIO. Despues...
CONDESA. ¡Me vá á dar un gran ataque!
ANTONIO. Empezó á elogiarle el pie...
y por último, han bailado.
CONDESA. ¿Han bailado? ¿Juntos?
ANTONIO. ¡Pues!
CONDESA. (Como si estuviera atacada de una convulsion nervio-sa.)
¡Ay! ¡Que me dá! ¡Que me dá!
(Se deja caer en una silla.)
ANTONIO. Haga usted que no le dé.
¡Quién se aproxima! ¡Es mi amo!
(¡La dejo sola con él!)

ESCENA XVII.

La CONDESA y á su tiempo D. PERFECTO.

CONDESA. Trataré de reponerme, (Levantándose de pronto.)
porque si pierdo la calma
de una sangrienta catástrofe
va á ser teatro esta casa.
PERF. (Entrando puerta izquierda.)
(¡Por fin, se marchó!)
CONDESA. (Despues de una ligerísima pausa, y aparentando estar mas tranquila.)
¿Está usted
ya mas tranquilo?
PERF. ¡Á Dios gracias!
CONDESA. (Id.) ¿Mas contento?
PERF. (Con galantería.) Y cómo no,
teniéndola á usté en mi casa.
CONDESA. (¡No me puedo contener!)
¡Pues yo estoy muy disgustada!
PERF. ¿Qué motivos?
CONDESA. ¡Lo sé todo!
(D. Perfecto baja la vista confundido. Acercándose á D. Perfecto.)
Mireme usted cara á cara.
¡Lo sé todo!
PERF. (¡Dios eterno!

quién ha podido enterarla?)

CONDESA. Yo daria mi perdon
á ciertas y ciertas faltas;
pero en cuestiones de baile
no transigiré por nada.
¡Un hombre formal, que empuña
de la justicia la vara,
no debe dar malos pasos
ni bailar como usted baila.

PERF. ¡Poquito á poco, señora,
yo bailo con elegancia!
Mis trenzados aun no ha habido
quien los imite.

CONDESA. ¡Qué audacia!
¡Y no lo niega!

PERF. ¿Ya á qué?

CONDESA. ¡Yo que dispuesta me hallaba
á transigir!... ¡Vamos, vamos,
si no sé lo que me pasa!

ALDS. (Dentro.) ¡Viva el alcalde!

PERF. ¿Qué es eso?

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, D. MANUEL, ANTONIO, el NOTARIO y varios aldeanos y gentes del pueblo.

TODOS LOS QUE ENTRAN.
¡Viva el alcalde!

PERF. ¡Ya basta!

MANUEL. Por fin hallé al Escribano.

ESCRIB. Servidor de ustedes.

PERF. Gracias.
(Á la Condesa.)
Señora, siento decírselo;
pero ya que me desaira,
busquemos un medio honroso...

CONDESA. (Sin dejar concluir á D. Perfecto.)
Si usted me dá su palabra
de no ver á la princesa,
transijo.

MANUEL. (Con el contrato en la mano.)

Tan solo faltan
las firmas...

PERF. (¿Qué enredo es este?)

MANUEL. Si gustan, pueden echarlas.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS y BALBINA por la izquierda.

BALBINA. (Dirigiéndose á D. Perfecto.)
Me ha dado usted una llave,
que por mas vueltas que doy
no abre la puerta.

CONDESA. ¡Una jóven!

ANTONIO. (Esa es la del pabellon.)

PERF. (¡Ábrete, tierra!)

CONDESA. (Incómoda.) Señora,
hágame usted el favor
de decir á qué ha venido
á esta casa.

BALBINA. (Sorprendida.) ¡Cómo, yo!

CONDESA. Usted, que baja la frente,
usted, á quien el rubor
hace enmudecer la lengua!

BALBINA. ¡Dice usted que muda estoy!

CONDESA. ¡Y que le falta un sentido!

BALBINA. ¡Pues á usted le faltan dos!

CONDESA. ¡Desvergonzada!

PERF. ¡Balbina!

BALBINA. ¿Pero usted no vé, señor,
lo que me dice?

PERF. ¡Ya basta!
Declara aqui en alta voz,
á lo que has venido.

BALBINA. Pero...

PERF. Me haces en ello un favor.

BALBINA. Vine á ver á mi padrino...

PERF. El cual, señora, soy yo.

CONDESA. ¿Usté es su ahijada... no mas?

PERF. Que yo sepa...

CONDESA. ¡Qué emocion!
Don Perfecto, he sido injusta...

CRA 1078305

(Estrecha la mano á D. Perfecto con efusion, y repara en la sortija que este se ha puesto.)
Mas, ¡qué veo! ¡Santo Dios!
Esta sortija...

PERF. Señora,
me la encontré en un salon.

CONDESA. ¿En qué casa?

PERF. Iba vendado...

CONDESA. (¡Qué coincidencia! ¡Mejor!)
(Vá á la mesa y firma el contrato.)

PERF. (¿Qué embrollo es este?)

CONDESA. Tan solo
falta su firma. (Presentándole la pluma.)

PERF. Allá voy.
(Toma la pluma, se fija en el contrato, y se detiene antes de firmar. Empezando á comprender.)
Su nombre empieza con *A.*,
y su apellido con *O!*...

CONDESA. (Acercándosele, y bajo.)
(¿No firma usted, Piruetas?)

PERF. (¡Comprendo! Usté es la...)

CONDESA. (¡Chiton!)
(D. Perfecto con la pluma en la mano á la Condesa.)
La pluma está mojada;
si oigo un aplauso,
sin vacilar un punto
mi firma estampo.

CONDESA. (Al público.)
Solo uno pide:
dádselo, yo os lo ruego,
para que firme.

FIN.

30

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 30 *de Enero de* 1864.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.